

CAPÍTULO XXIX. *De fray Andrés de Córdoba y fray Juan de Palos, legos*



ENTRE LAS COSAS EN QUE MÁS RESPLANDECIÓ la sabiduría divina una fue la vocación de sus santos apóstoles, para por ellos conquistar el mundo. No buscó armas, no máquinas, no pertrechos de guerra, ni municiones; no fuerzas de hombres valientes, ni riquezas; no poderío, ni nobleza de linaje, mas unos pobres pescadores flacos, sin letras, ni nombre. Esto nos dice muy claro el Apóstol:¹ Las cosas que el mundo tiene por bobería, eligió Dios para confundir los sabios; y las cosas flacas para confundir las fuertes; y las menospreciadas, y sin nobleza, para confundir las altas. La razón de esto da el glorioso padre San Agustín,² diciendo: Si fuera elegido para la predicación del Evangelio algún rey, dijera: Mi dignidad fue elegida. Si los hombres ricos dijeran nuestras riquezas fueron elegidas; si el emperador dijera que su poderío; si el orador, que su elocuencia; si el sabio, que su sabiduría. A solos los pobres, sin letras, nombre ni linaje, les dice Cristo nuestro bien: Venid en pos de mí. Esto se verificó muy bien en los doce apóstoles, por cuya predicación se promulgó la ley cristiana por todo el mundo; y ahora últimamente en este nuevo mundo, por algunos religiosos pobres y sin letras. Entre los tres primeros el uno fray Pedro de Gante, lego, hombre de mucho espíritu, virtud y celo de las almas; y entre los doce (cuyas vidas contamos) fray Juan de Palos, de quien luego haremos mención y fray Andrés de Córdoba, de quien ahora tratamos. Este siervo de Dios fue lego simple, mas muy sabio en las cosas del espíritu y servicio del Señor. Vino de la provincia de San Gabriel, y es el undécimo en número, entre los doce. Los viejos santos de esta provincia daban testimonio de su mucha religión, y virtud, y cuán ejemplar obrero fue en esta viña de Cristo. Aprendió la lengua mexicana, y en ella predicó muchas veces a los naturales. Discurrió, por diversas partes, para convertir infieles, siendo mandado por la obediencia; conviene a saber, Mexico, Mechoacan y Xalisco. Pasó santamente a la vida inmortal a recibir el premio de sus santos trabajos. Sus huesos están, con mucha veneración, guardados en una caja de piedra, detrás del altar de la capilla mayor del convento de Yzatlan, de la provincia de Xalisco, con los de otros cuatro santos frailes que fueron muertos por los indios infieles, en defensa de la santa fe católica. Éstos fueron fray Antonio de Cuéllar, guardián de aquel convento; fray Juan Calero, lego, fray Francisco Lorenzo, sacerdote y otro fraile mancebo, llamado fray Juan.

Fray Juan de Palos fue el duodécimo en número de los doce primeros. Vino de la provincia de Andalucía, lo cual pasó de esta manera: En la obediencia, que el padre generalísimo fray Francisco de los Ángeles (que

¹ I. Ad Cor. 1.

² De Civit. Dei lib. 18. cap. 49.

después fue cardenal de Santa Cruz) dio a los primeros padres que vinieron a esta Nueva España, venían señalados trece, con su prelado, el santo fray Martín de Valencia; entre los cuales venían fray Joseph de la Coruña, sacerdote, y fray Bernardino de la Torre, lego. Quedáronse estos dos en España por la ocasión que en otro libro se dijo; y porque viniese cumplido el número de doce eligieron los demás, con mucho acuerdo, a fray Juan de Palos, lego y muy virtuoso, que moraba en el convento de San Francisco de Sevilla. Fue en esta tierra muy ejemplar trabajador y predicó muchas veces a los indios en la lengua mexicana que aprendió. Acompañó, por la obediencia, a fray Juan Suárez cuando fue a la Florida, con el capitán Pánfilo de Narváez, donde murió de hambre, como en la vida de fray Juan Suárez se dijo; y como fueron compañeros en la peregrinación y muerte, es de creer lo son también en la gloria. Como fue su vida tan corta en esta Nueva España, fue también poco lo que se supo de ella.

CAPÍTULO XXX. En que se contiene la vida de el santo obispo fray Juan de Zumárraga, y primeramente de su frailia, hasta que fue electo en obispo de Mexico



FUE ESTE VARÓN SANTO VIZCAÍNO, natural de la villa de Durango, adornado de todas virtudes y buenas letras. Tomó el hábito de la religión de nuestro padre San Francisco en el convento de Nuestra Señora de Aranzazu, de la provincia de Cantabria, que entonces se contaba de Burgos; pero como le quería Dios para entregarle las llaves de esta primera iglesia mexicana, no consintió que esta apostólica antorcha estuviése abscondida en aquellas tierras remotas y apartadas; y así le sacó de ellas diciéndole al corazón, como a otro Abraham, de palabras:¹ Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, que quiero que vayas a otras que yo te mostraré, donde te haré padre de muchas gentes. Y como en las cosas ocultas que Dios ordena para los fines que él se sabe, no hay resistencia de parte del que ha de ejecutarlas, como se vido en Jonás,² cuando enviándolo a Nínive se iba a Tarso; así parece haber sucedido en este santo varón, que aunque vizcaíno criado en aquella provincia de Cantabria, sin haber salido de ella le tomó gana de dejarla y salirse más a fuera, donde la voz oculta de el Señor le llamaba; y así se pasó a la de la Concepción, no huyendo de la aspereza y religión que tanto se ha conservado en aquella santa provincia, sino buscando más rigor de vida y mortificación, viviendo en casas de el sayal y recoletas; y fue en ella muchas veces guardián y difinidor, y una provincial; los cuales oficios ejercitó con muchísima prudencia y cristiandad.

Siendo guardián de la religiosa Casa de el Abrojo, cerca de Valladolid, tuvo allí una Semana Santa el cristianísimo emperador Carlos V, nuestro

¹ Genes. 12.

² Ion. 1, 3.